

Los kibutz en Israel

Socialisme ou Barbarie, nº 30, abril-mayo de 1960

La Unión de Estudiantes Judíos de Francia organiza cada año viajes a Israel para los estudiantes, judíos o no. Según admite un organizador, el objetivo era que el Mapam, organización que agrupa a este sindicato, diera a conocer sus kibutz.

El Mapam, que pretende ser revolucionario, se sitúa a la extrema izquierda de los movimientos sionistas. Se trata en realidad de un partido centrista, criptoestalinista hasta el asunto de los médicos en la URSS, y cuyos militantes vagan entre un reformismo «de izquierda» y un activismo sin base ideológica.

EN EL KIBUTZ

No se trata de hacer aquí una crítica profunda de los kibutz; demasiados puntos permanecieron desconocidos para nosotros a causa de los métodos antisocialistas de los kibutzniks.¹ Así, no se nos permitía asistir a las Asambleas Generales semanales, no se nos mostraba ningún documento económico; y solo gracias a la franqueza de una *havera*² se me revelaron ciertos hechos significativos. Por último, aunque se nos dieron detalles copiosos e inverificables, sobre cómo se llevaba a cabo la planificación en el kibutz, no se nos dieron detalles de la planificación (con diferencia la más importante) que engloba a todos los kibutz del Mapam: nunca pudimos averiguar cómo se elegía (¿o nombraba?) a los planificadores de la organización general.

Conocimientos económicos

Nuestro kibutz de diez años parecía encontrarse desde el principio en una situación muy precaria. Aunque todos los puestos técnicos parecían cubiertos, escaseaban los jornaleros, y M. nos dijo que solo nuestra llegada nos permitiría llevar a cabo la cosecha, la recogida de remolacha y otros trabajos no especializados.

Pronto nos dimos cuenta de lo absurdo de la situación económica del kibutz. Por ejemplo, sujeto a las necesidades del mercado capitalista, el kibutz

¹ Miembros del kibutz.

² Haver, fem. *havera*: camarada.

tiene que clasificar las frutas que produce, frutas que se venderán en las grandes ciudades: para ello, el kibutz tuvo que comprar una máquina semiautomática muy moderna y cara. Pero las remolachas destinadas al ganado se desentierran y se cargan en camiones a mano, lo que desperdicia una enorme cantidad de mano de obra.

La mayoría de los préstamos (el kibutz debe 250 millones) son concedidos por la Agencia Judía. Pero la Agencia Judía está dirigida por partidos situados a la derecha del Mapam. ¿No genera esto conflictos? El responsable de economía, S., afirma que no. Pero M... dice que hace un año, dos inspectores de la Agencia Judía visitaron el kibutz y criticaron la sustitución periódica del responsable económico.

«¿Y», pregunté, «si las críticas de la Agencia Judía se convierten en requerimientos acompañados de amenazas de recorte de crédito?»

No hubo respuesta. Pero M. añadió que un kibutz de Maki (estalinista) que intentaba instalarse no pudo obtener los créditos necesarios.

Por último, el colmo del absurdo parece haberse alcanzado en la cuestión de los trabajadores asalariados. Los kibutz de Mapai (socialdemócratas) emplean trabajadores asalariados, la mayoría de los kibutz de Mapam, incluido el nuestro, se han negado a emplearlos; pero M. admite que los drusos que trabajan en los kibutz (y a los que nunca veremos) están en la situación de asalariados. Sin embargo, para no violar la doctrina, se les paga en especie y en «calderilla».

La cuestión nacional

Se organizaron conferencias para nosotros sobre la historia del pueblo judío y del sionismo como «solución». Así que escuchamos a este valiente «marxista» darnos una versión de la historia del antisemitismo que ningún idealista burgués habría negado. La exposición habría sido muy fastidiosa si los kibutzniks no nos hubieran dado algunas ilustraciones prácticas de su concepción «nacional».

Un joven alemán, no judío, había venido a trabajar al kibutz con el acuerdo de un a ver y se había incorporado a nuestro grupo. El mismo E. se negó a dejarle asistir a una conferencia y, unos días más tarde, nos enteramos de que la Asamblea General había decidido expulsarle por 39 votos contra 17 y 3 abstenciones. Los revolucionarios del Mapam no podían tolerar a un alemán en su kibutz: ¡dos generaciones de alemanes eran responsables de los crímenes

nazis! Aquel día comprendí su política nacional; no creí que mereciera la pena preguntarles por su concepción del internacionalismo proletario.

Este incidente da una idea de la actitud práctica hacia los árabes.

Una ley que prohíbe a los árabes permitir que las cabras, su principal recurso, vaguen por las tierras del Fondo Nacional Judío, bajo el pretexto de que las cabras arrancan los brotes jóvenes. Así que cuando llegamos al kibutz, vimos dos cabras capturadas de un rebaño árabe y estaban a punto de ser devueltas a cambio de un rescate. ¡A los defensores de «la amistad judeo-árabe» no se les ocurre otra forma de hacer «cumplir las leyes judías»! Pero hay más: nos mostraron la tierra que supuestamente había sido devastada; es un uadi en el que no hay plantas jóvenes. ¿Qué daños puede haber habido? Y si no hubo daños, ¿por qué este acoso? Los haverim se avergonzaron un poco cuando les pregunté. Solo pudieron decirme que se contaban entre los que desaprobaban los métodos.

Estos mismos socialistas justifican los siguientes hechos por necesidad militar: después de 1948, había un pueblo árabe cerca de la frontera; el ejército deportó a los habitantes por miedo a que se correspondieran con los libaneses. Pero los árabes que habían tenido que abandonar su cosecha venían a recoger la fruta por la noche. Así que el ejército voló el pueblo. ¡Necesidad estratégica!

En la misma línea, un kibutznik me mostrará con orgullo que el tabaco plantado por judíos es mucho más bello que el tabaco árabe.

Hay que decir que una pequeña minoría rechaza este racismo imbécil. S. nos dará una exposición sobre la minoría árabe en la que intentará definir una posición leninista correcta y criticará severamente el régimen militarista al que están sometidos los árabes. Y M. me dirá amargamente: «sí, el Mapam está por la amistad judeo-árabe... básicamente... pero desde la base hasta la dirección nadie hace nada para contactar con los árabes».

Su chovinismo lleva a los kibutzniks a una admiración sin límites por su ejército. E., licenciado del ejército, hacía todo lo posible por cumplir sus «obligaciones militares».

G. nos hizo una aberrante exposición sobre el ejército en la que afirma la necesidad de «romper a los hombres» y alabó el enfoque del ejército israelí, donde la disciplina es flexible, pero el entrenamiento físico agotador. Con sombría y cretina admiración, relató cómo los comandos se noquean a sí mismos

en los entrenamientos para endurecerse. Y desgranó con frialdad otros detalles folclóricos.

S., que nos había dado una honesta conferencia sobre la minoría árabe, me contó un día cómo había sido el ejército con el que había combatido en la campaña del Sinaí: un ejército de asesinos como todos los ejércitos imperialistas, que había violado y saqueado con gusto.

Finalmente, esta exaltación de la nación judía prohibió al Mapam toda acción de clase seria. Un día, un miembro del Mapam se quejó conmigo de los métodos de los judíos religiosos ortodoxos, de cómo trataban a las mujeres y a los niños. Le pregunté por qué el Mapam, que tiene miles de militantes, no organizaba una milicia para poner fin a sus acciones. «Pero», me contestó el revolucionario, «las sectas representan una fracción del pueblo judío y, por tanto, tienen derecho a existir».

La vida social y el ocio

El kibutz está organizado siguiendo los principios del centralismo democrático, entendido a la manera leninista; es decir, los responsables son elegidos por un año (salvo algunos que son elegidos por dos). Al no haber estado presentes en el funcionamiento de las instituciones del kibutz, nos vimos reducidos a creer lo que nos decían. Sin embargo, de las preguntas que formulamos tras una presentación se desprendía lo siguiente:

1. Las votaciones, incluso sobre cuestiones personales, se hacen a mano alzada. No hay voto secreto.
2. No hay representación de las tendencias. Según M., ¡hay unanimidad en todas las cuestiones fundamentales!
3. Los haverim aceptan de buen grado las responsabilidades técnicas (responsable de los establos, las frutas, etc...), pero es extremadamente difícil encontrar voluntarios para las funciones generales. Esta situación ha dado lugar a una curiosa institución: una Comisión encargada de ponerse en contacto con los haverim antes de cada asamblea electiva. Esta Comisión cubre cada puesto y la Asamblea Electiva solo tiene que inscribirse. Sugerí todas las maniobras burocráticas que esta institución debería permitir: se me respondió que nunca hubo maniobras porque todo el mundo está de acuerdo.

Se supone que el kibutz combina trabajo manual y trabajo intelectual. Pero, al ser agricultores nueve horas al día, los miembros son más bien reacios

a participar en actividades culturales de ocio. Sin embargo, hay que reconocer la abundancia y la calidad de las bibliotecas y discotecas personales y la ausencia de zhdanovismo en la elección de los libros. Por ejemplo, a pesar de su sionismo acérrimo y de su antiguo criptoestalinismo, los haberim leen la *Concepción materialista de la cuestión judía*, del trotskista A. Léon y les pareció un buen libro.

Desgraciadamente, como la actividad principal consistía en cantos y bailes folclóricos, se trataba evidentemente de una cuestión de cultura nacionalista. Y si no se conocía La Internacional, se entonaba un canto dedicado a los muertos de la campaña del Sinaí.

ALGUNAS CONVERSACIONES FUERA DEL KIBUTZ

Norteafricanos

En Haifa, los judíos norteafricanos nos acosan. Nos proponen cambiar nuestros francos en el mercado negro, única forma que tienen de disponer de dinero suficiente para regresar a Francia.

Un poco más lejos, un hombre joven se nos acerca cuando nos oye hablar en francés. Es norteafricano. Antes vivía en kibutz de Mapai, pero le disgustó el ambiente frío. Ahora es albañil y trabaja en condiciones agotadoras. Quiere volver a Francia.

En la carretera, hacemos autostop. Cerca de Tiberíades, dos judíos tunecinos de unos treinta años también lo hacen. Uno tiene tierra en un moshav,³ pero no le basta para vivir. Su madre se queda en el moshav para ocuparse del trabajo cotidiano. Él y su amigo van de plantación de plátanos en plantación de plátanos para un trabajo concreto. Trabajan 24 horas seguidas, turnándose. Luego vuelven a marcharse. De vez en cuando se pasan por el moshav a hacer el trabajo duro que la madre no pudo. Uno piensa que en seis meses tendrá el dinero suficiente para volver a Francia, donde un amigo le ayudará. El otro tendrá que esperar.

En Tel-Aviv, pido información. Un norteafricano viene a llevarme: sé que quiere hablar. Me pregunta si conozco Jaffa. Comprendo el sentido de la pregunta: sí, he visto a los magrebíes hacinados en un barrio de chabolas y un poco más allá las cajas de música donde se apostan las prostitutas de origen magrebí, vigiladas de cerca por sus chulos, unos jóvenes marroquíes de cerca

³ Aldea cooperativa.

de veinte años. He visto esta ciudad, desertada por los árabes atacados por terroristas judíos de extrema derecha, poblada hoy por judíos magrebíes igual de miserables y despreciados. Extraña ironía por parte de los explotadores.

Hablamos de la sede de la Histadrut, el sindicato «obrero» prácticamente único: es un edificio que parecería demasiado lujoso para una sociedad anónima.

El norteafricano me explica que la fruta que la cooperativa única compra barata a los kibutz se vende a un precio elevado en el mercado. Me pregunta si sé a donde va la diferencia; adivino fácilmente: «va a engordar a los burócratas de Mapai». Mi interlocutor piensa que estoy bien informado.

En Haifa, los parados norteafricanos destrozan los escaparates del Mapai y de la Histadrut.

Otras conversaciones

Hacia Nazaret: un kibutznik del Mapai nos carga. Nos pregunta por qué queremos ver Nazaret. Le explicamos que queremos ver las ciudades árabes. El kibutznik sonríe. En las afueras de Nazaret, un niño nos silva; «eso es Nazaret», espeta el socialdemócrata.

Nos adentramos en la ciudad árabe, donde los israelíes rara vez vienen. En las paredes, numerosas inscripciones de Maki precedidas de una hoz y un martillo rojos. El Maki se ve obligado a seguir una línea política dura para mantener el contacto con las masas árabes. El antisionismo actual de la política rusa le permite darse una apariencia revolucionaria.

En dirección a Tel-Aviv, una furgoneta nos recoge. El conductor había vivido en el kibutz; se había marchado. El kibutz le había permitido cursar estudios superiores. Podría enseñar hebreo, pero prefiere el comercio. Compra pollos, los engorda y los revende. También tiene una modesta fábrica de aspirinas. Muestra una foto de su mujer y su hija: es feliz así, en familia. Pienso que hace 15 años llegó aquí creyendo en el socialismo, en la fraternidad, en un «mañana cantando». Hoy, piensa en el éxito de su pequeña empresa.

En Beerseba, un autobús nos recoge para el cruce del Negeb. Dentro iban unos jóvenes (de unos 17 años) del movimiento juvenil de Mapai. Paramos en el primer apeadero. Tres beduinos nos piden que los llevemos. El conductor se niega y se vuelve hacia nosotros: «ya apesta bastante». Los jóvenes de Mapai se retuercen de risa. A dos o tres no les hace gracia la broma. En el autobús, los jóvenes discuten, y uno de los mayores, que parece un líder, afirma imperativamente: «socialismo significa dar a todos algo que comer, algo que vestir, y algo

en lo que vivir». Satisfecho de sí mismo, remite su fórmula. Un oyente reacciona sanamente «... Y luego morir. Si eso es el socialismo...». El tipo es de los que antes no se reían de los beduinos. Más tarde le explico que el socialismo no es precisamente «eso»: parece interesado.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Los kibutz

Un famoso idealista que contó sus impresiones en *Les Temps Modernes* tras una estancia en un kibutz concluía: «Las grandes realizaciones materiales exigen sin duda el borrado del individuo ante el bien colectivo y, en los obreros, la pasión estajanovista, pero no hay que ocultarlo, el precio es duro de pagar por el hombre». Si este confusionista hubiera intentado reflexionar un poco, se habría dado cuenta de que no había ningún conflicto metafísico entre el individuo y la colectividad, sino solo un conflicto entre el socialismo y el capitalismo.

La situación de los kibutznik es la de explotados-explotadores, una situación un tanto análoga a la de las clases medias en Francia.

Son explotados en la medida en que ocupan una posición marginal en un sector poco rentable que les ha dejado el gran capital. Para sobrevivir, se ven obligados a adoptar métodos capitalistas y, si no el estajanovismo, al menos una productividad excesiva. Trabajan nueve horas al día, los miembros del kibutz no tienen tiempo de gestionar su vida social ni de dedicarse a actividades culturales comparables a su trabajo manual. Esto conduce a una atmósfera de coacción moral típica de las empresas capitalistas.

Pero los kibutzniks también son explotadores: económicamente al emplear a trabajadores asalariados, políticamente al dirigir el Estado burgués (Mapai, Ahdut HaAvoda⁴ y Mapam tienen ministros), ideológicamente, al ser xenófobos, militaristas y patrioteros.

⁴ Partido centrista situado entre Mapai y Mapam.

La vanguardia

En Israel se admite generalmente que los elementos de vanguardia son los kibutzniks. Hemos visto que no es así. Sin embargo, existe una vanguardia que puede encontrarse:

1. En los partidos «socialistas». En nuestro kibutz, entre los 17 miembros que se negaron a votar la expulsión del alemán, había militantes de vanguardia. Y el joven de Mapai que se negaba a creer que el socialismo consistía en dar de comer a todo el mundo, era también un elemento interesante.
2. Entre los magrebíes. Los trabajadores (o más bien los parados) norteafricanos son los que más conciencia de clase han demostrado en los últimos meses. El ataque a los edificios de las burocracias socialdemócratas, durante manifestaciones espontáneas, es un acontecimiento importante. Desgraciadamente, se produce el fenómeno habitual cuando están en el poder los partidos centristas o reformistas y no hay ninguna organización revolucionaria: es el fascismo el que parece revolucionario, en Israel el partido Herut. Este partido publica el único diario en francés y cada vez son más los judíos norteafricanos que le votan y asisten a sus mítines electorales.
3. Entre los árabes, en Maki. La vanguardia árabe apoyaba al Maki. Esta situación se mantuvo hasta que la URSS dio un giro oportunista hacia el sionismo.

LOS REVOLUCIONARIOS FRANCESES EN ISRAEL

Los revolucionarios franceses no tenían a nadie con quien ponerse en contacto en Israel, ya que la vanguardia estaba demasiado dispersa. Tampoco era cuestión de emprender una labor de propaganda entre los judíos que deseaban emigrar allí. Otras tareas son más urgentes.

Pero lo que es posible y debe hacerse, es la denuncia incansable del seudosocialismo israelí, de la explotación de los trabajadores por una burocracia particularmente arrogante y despiadada.